

Mirar y contemplar la pintura, la pintura misma

Me ha encantado encontrarme por sorpresa con el libro *Velázquez El placer de ver pintura*, de Ximo Company. Porque es en la tesis que él reivindica, de manera verdadera y entusiasta, donde vengo yo como pintor insistiendo una y otra vez ya, desde finales de 1987. “*Lo primero, en pintura y en estudios de y sobre pintura -dice Ximo Company-, es la pintura. Lo otro, legítimo, pero mucho más accidental y secundario, va después.*”

Ya en el prefacio pone Jonathan Brown el dedo en la llaga, en lo más importante, en lo fundamental, pero que paradójicamente es, a lo que menos atención se le presta, a lo que menos tiempo se le dedica, y que no es otra cosa que *mirar y contemplar* la pintura, la pintura misma.

Observa Ximo Company que, “*las grandes pinturas se han perdido en la bibliografía de la interpretación. Son objetos de interpretación, no medios para la contemplación.*” Que es lo que esencial y primeramente son, lo sustantivo. Al punto de que, nos sigue diciendo Jonathan Brown “*la interpretación de Las meninas debida al filósofo Michel Foucault, su denso texto, devino para los historiadores del arte más interesante que la propia obra de Velázquez.*” Entonces, me pregunto ahora y también en 1987, entonces, ¿para qué pintaba Velázquez?, sino para decir con la pintura, mediante su manera inédita y magistral de pintar, y decirnos, como nunca antes así se había dicho, sobre nuestra condición humana de seres frágiles y perecederos. Acerquémonos pues y miremos sus contornos difusos, su ausencia de detalles y de materia pictórica en las sombras, la delgadez de éstas, la sugerencia de su pintar sencillo, sin alardes, que invita a que continuemos nosotros pintando el cuadro hasta completarlo. Recorramos *Mercurio y Argos*, de izquierda a derecha y de arriba abajo, que de esto trata el mirar, el contemplar un cuadro, “*su ligereza técnica, casi acuarelada*”, como nos indica Julián Gallego, “*las formas, robustas, modeladas, con asombrosa sencillez, con brío y sin esfuerzo; como quién dice, abocetando*”, como nos dice Pantorba; y luego de exponer un buen rato nuestra mirada a su pintar, démonos la vuelta y miremos, de golpe, el cuadro que está justo detrás de nosotros, el *Mercurio y Argos* de Rubens, y nos sorprenderemos con sus enormes diferencias. Aquí, en este último, las formas conclusas, retóricas, el dibujo que delimita y encierra las formas, comparemos la vaca en uno y otro ¡cuánta diferencia! Pues es justo aquí, en las diferencias en el modo de pintar, porque los pintores pintamos, donde justo hay que mirar y mirar, afilando la mirada, para impregnarnos, para empaparnos de su mágico pincel, de su concepción abierta, fluida, vaporosa; he aquí su inigualable maestría, su acariciar leve la tela con su pincel alado, su llevar el naturalismo al extremo, donde el siguiente paso sería deshacer un poco más las formas con el consiguiente resultado de volverlas inconcretas, irreconocibles.

Mirando las pinturas últimas de Velázquez me doy cuenta que dejó la pintura al borde de la abstracción, si le hubiera quitado un poco más de concreción a la información que da, ya de por sí sucinta y poco prolija en detalles descriptivos, habría entrado en la abstracción, y son justo este tipo de apreciaciones lo que hay que mirar para ver, apreciar para disfrutar.

Ésta es la grandeza del maestro, si no comparemos su pintura con la de Rodrigo de Villandrando (*El príncipe Felipe y el enano Soplillo*) o con la de Frans Luyckx (*Doña María de Austria, reina de Hungría*), ambos del Prado, y veremos que son como la noche y el día, el aburrimiento y la monotonía existentes en las pinturas de estos dos últimos, frente al rico despliegue de recursos pictóricos del maestro; o comparemos también obras salidas de su propia mano, como *La venerable madre Jerónima de la Fuente* o *La Adoración de los*

Magos, de sus inicios, con *Menipo*, o *El bufón llamado don Juan de Austria*, de más adelante; o los retratos de *Felipe IV*, de antes de 1628, y el de *Juan Martínez Montañés*, más tardío, ambos del Prado; o los también milagrosos de *Inocencio X* o el de *La infanta Margarita en traje rosa*, de Viena; este último todo un prodigio de pintura que parece que lo hubiera pintado pasando una pluma delicadamente sobre la tela sin esfuerzo alguno, con sólo el pensamiento, para ver cuánto va mejorando nuestro pintor en su manera de pintar: de la sequedad, rigidez, acartonamiento y falta de ambientación de las primeras obras citadas, hasta *Menipo* y siguientes, ya en plena posesión de ese su magistral pintar, leve, apuntado, aéreo, armonioso, profundo, sencillo y sutil, de sus últimos años.

Con este Velázquez último me acuerdo de las maravillosas pinturas, también últimas, de Esteban Vicente, donde las referencias paisajistas casi están o se hallan del todo irreconocibles, vagas, y donde su pintar pintura, pintura pura, también es de maestro. Cuánta luz secreta emana de estas superficies pintadas que uno no se cansa de mirar y mirar, de demorar la mirada en ellas.

La abstracción se percató de que lo reconocible no era necesario para la pintura, para hacer pintura. Y Velázquez creo que también se dio cuenta de ello, "*Ha llegado*, nos apunta Jonathan Brown, *de manera intuitiva a comprender la naturaleza dual del arte de la pintura, es decir, su capacidad para crear formas y a la vez expresar su propia esencia.*" Por esto, llevó la representación figurativa al límite donde si le hubiera restado un ápice más de información, hubiera devenido en el no reconocimiento de la forma, en la pintura abstracta. Tantos otros maravillosos pintores después: Monet y sus almiarés y nenúfares presagiando la abstracción, Kandinsky ya de pleno en ella, Rothko..., y tantos otros; y entre los figurativos, Matisse con su expresivo y cautivador color, Bonnard con su orfebrería cromática, Lucien Freud con su intensidad, etc., En todos estos ejemplos es la pintura, la sola pintura puesta en el lienzo la verdadera y única protagonista, la pintura puesta sola en el lienzo por el pintor. Como tan bien dice mi admirado Ràfols Casamada: "*La pintura es un silencio que habla*" / "*...es la propia pintura la que debe hablar*" / "*...la que ha de decir aquello que no puede decir la palabra.*"

Ximo Company nos confiesa: "*Ahora he descubierto que Velázquez es sobre todo para verlo y contemplarlo. Velázquez me desarma, me desnuda de la erudición que he practicado durante 35 años y me recuerda que mi deber es contemplar sus grumos pictóricos, su textura, su tratamiento de la luz, su estética extraordinaria.*" "*Reconozcamos con realismo y humildad que desde hace demasiados años -Las meninas como superficie pictórica ha desaparecido casi de la vista, como nos recuerda Jonathan Brown-. Un craso error.*" Abramos pues los ojos y miremos a la superficie que pintó el pintor. Mirémosla, recorrámosla, disfrutémosla.

Con cuánta alegría y regocijo celebro y doy la bienvenida a este necesario libro que con tanto entusiasmo reivindica la mirada atenta, la que mira y se demora en la pintura que el pintor pinta, que siempre el pintor pinta pintura, con la que trata de decir algo.

Recordémoslo, no lo olvidemos: el pintor utiliza (sólo) el lenguaje de la pintura y es, con (sólo) lo así pintado, con lo que trata (tratamos) de decir algo. Todo lo fundamental está pues en la obra, en la imagen. Mirémosla, contemplémosla, disfrutémosla, con atención.

"*Abrir los ojos, ver; ver abundantemente.*", como nos dice José Rogelio Buendía.

Y acallando todas las voces, miremos en silencio contemplativo, e impregnémonos: *así de sencillo*.